

3

***¿Pronunciar o pronunciare?* Esa es la questione**

MÓNICA CASTILLO LLUCH, CRISTINA PEÑA RUEDA Y
MICHIEL DE VAAN

De un valle sequillo de paragoge...

LUNES 6 DE FEBRERO DE 2017, día de sol radiante y de pausa de encuestas COSER en la campaña de Gran Canaria. Ahí esperaban a los equipos de Madrid, Gante y Lausana el Roque Nublo, las Dunas de Maspalomas, el barranco de Guayadeque, el Risco Caído y las Montañas Sagradas. Pero no solo: también esperaba a Inés Fernández-Ordóñez un matrimonio en Valsequillo, un pueblo remoto del noreste canario. La encuesta se había concertado la víspera y ese o nunca era el momento de hacerla. Mónica Castillo Lluch y Michiel de Vaan acompañamos a Inés en aquella aventura.

El realismo mágico es más que una corriente literaria. Cuando las coordenadas temporales no están claras (¿íbamos a trabajar el único día de descanso de la semana?) y menos aún las espaciales (¿estábamos en Valsequillo, en Lomo La Vega o en la Vega de San Mateo?), deslizar hacia lo irreal es cosa de minutos. Si, además, tenemos en cuenta que por momentos los encuestadores no entendíamos un porcentaje sustancial del discurso de los encuestados, aunque estos se expresaran con enérgicas variaciones de entonación, teníamos todos los

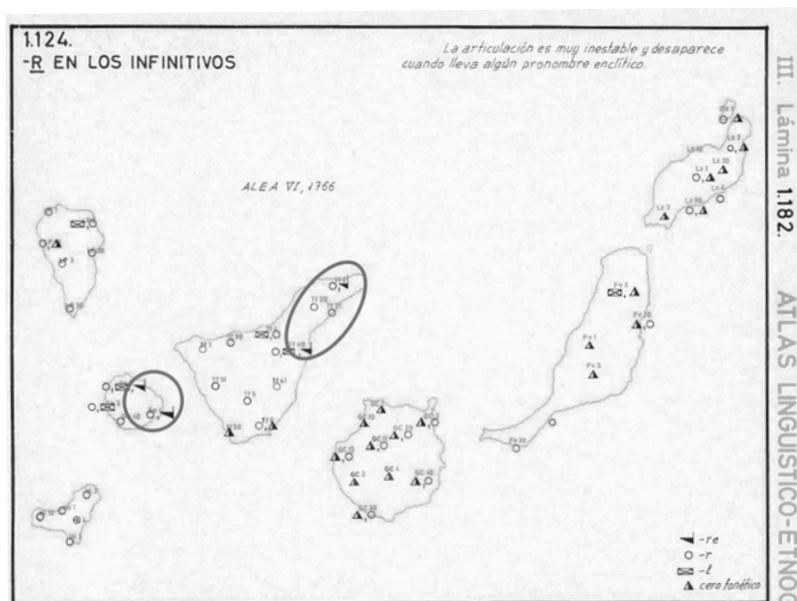
ingredientes para salirnos del perímetro de lo racional. Y eso sin contar con la materia misma de la narración de los informantes, en la que al anuncio inminente de una Tercera Guerra Mundial le sucedía la historia de un vecino gandul que había tenido veintiún hijos y múltiples relatos en los que *nosotros* pasaba a ser *losotros*.

Una realidad sí parecía imponerse a esos dialectólogos, que sin duda éramos *losotros* en aquella casa: el fenómeno de la paragoge (pronunciación de una *-e* tras la *-r* final de algunos infinitivos y sustantivos, como *comere* o *bare*, en lugar de *comer* y *bar*), que Manuel Alvar, el gran maestro de la dialectología hispánica, había documentado 60 años antes en su estudio *El español hablado en Tenerife*, parecía haber desaparecido por completo del habla canaria. Por más atención que prestamos a los finales de infinitivo de aquella pareja, no hallamos ningún rastro de sonido vocálico que los prolongara.

¿Qué sabíamos en aquel momento de aquella pronunciación particular? Manuel Alvar había sido el primero en recogerla, a finales de los años 50 del siglo pasado, en los montes de la península de Anaga, en el extremo noreste de Tenerife (como puede verse en uno de los mapas que presenta en su trabajo de 1959). En el *Atlas lingüístico y etnográfico de las Islas Canarias* (*ALEICan*, mapa 1124), de este mismo dialectólogo, solo cuatro puntos del archipiélago la reflejaban: dos en Tenerife (Roque de las Bodegas, en ese macizo de Anaga, y Arafo, un poco más al sur) y dos en la Gomera (Vallehermoso y San Sebastián de la Gomera).

En los años 70, cuando se elaboró el *ALEICan*, esa *-e* paragógica parecía, por tanto, ser bastante rara en el campo canario, pero, según noticias de 1970 de Juan Régulo Pérez, filólogo palmero que elaboró un estudio dialectal de su propia isla, era «en extremo abundante en muchos lugares rústicos de La Palma». ¿Acaso era la Isla Bonita el último reducto de la paragoge? ¿Cómo pudo a Alvar escapársele ese rasgo en sus encuestas palmeras? Lo cierto es que la total ausencia de información al res-

pecto en *El español de Canarias* de Manuel Almeida y Carmen Díaz Alayón, publicado en 1989, nos hacía imaginar que se trataba de un fenómeno desaparecido, lo que, además, era coherente con la impresión de Alvar en 1971 de que se trataba de una pronunciación arcaica que «solo afectaba a las gentes de más edad». Fuera como fuere, tanto Alvar como Régulo Pérez atribuyeron a la paragoge lo que llamamos un origen occidental (leonés o portugués): el contacto histórico de los canarios con hablantes inmigrantes de esas procedencias habría dado lugar a la adquisición de ese rasgo en el habla isleña.



MAPA 1. En esta lámina del ALEICan (Alvar 1975-1978, mapa 1124) destacamos las cuatro localidades en que se registró

El fenómeno es, desde luego, propio de los dialectos ibero-románicos occidentales. Los mapas 15 (*andar*), 21 (*ayunar*) y 31 (*caer*) del *Atlas lingüístico de la península ibérica* (ALPI)

reflejan esos infinitivos con paragoge en Galicia y Portugal de manera generalizada, y no solo: también en el centro y sur de Asturias, en el norte y este de León y en Zamora. La pronunciación de la vocal paragógica se transcribe generalmente en los mapas del ALPI mediante el símbolo fonético [ə], correspondiente a una schwa, o sea, una vocal neutra inacentuada débil o incluso muy débil [ə̃], muy común en otras lenguas (en inglés la encontramos constantemente: *the, a, of, about, table, doctor*). En los dialectos portugueses sigue hoy muy viva y en asturleonés, a mediados del siglo xx, «la pronunciación de una *e* reducida detrás de *-r* final absoluta» se escuchaba en todo el territorio, «sobre todo en la conversación espontánea de las personas ancianas», como indicaba Rodríguez-Castellano en 1952. Aún hoy perdura en sustantivos e infinitivos, como *trac-tore* o *cantare*, pero ya solo en el habla espontánea de los dialectos más occidentales, según señala Rodríguez Monteavaro en su estudio de 2021, y es por ello que no se ha incorporado este rasgo al asturiano normativo.

Lapesa, en 1981, y García Yebra, en 1994, nos indican que se puede encontrar esa *-e* paragógica en cantares de gesta medievales y algunos romances antiguos por lo útil que le resultaba al poeta cuando necesitaba una rima, una sílaba de más o simplemente cuando buscaba un estilo arcaizante (*laudare, male, trinidad, seño, Roldane, pane, Gibraltare...*):

Fijo, vuestras mannas, ¿qui las podría contare?
Que cuerpo tan caboso omen non vio otro tale.
¡Vos fuérades pora bivar, e yo pora morir máes!
Mas atal viejo mezquino siempre avrá male.
Por que más me conuerto por que perdoneste a Roldane.
¡Finastes sobre moros, vuestra alma es en buen logare!
¿Qui levará los mandados a vuestra madre a las tierras de
Montalbane?
(Anónimo, *Roncesvalles*, hacia 1250)

Y adaptado al español moderno por Patxi Meniburu:

Hijo, vuestras destrezas, ¿quién las podría contar?
Qué cuerpo tan bien acabado, nadie vio algo igual.
¡Estabais hecho para vivir, y yo en cambio para morir ya!
Pero este viejo mezquino siempre tendrá mal.
Por lo que más me conmuevo es porque perdonaste a Roldán.
Moriste frente a los moros, ¡vuestra alma está en buen lugar!
¿Quién llevará las noticias a vuestra madre, a las tierras de
Montalbán?

Todavía hoy se puede leer en textos costumbristas de países centroamericanos como Ecuador, Costa Rica o Guatemala, como señala Pato en su estudio de 2016, y también es posible escucharla en el habla coloquial de estos lugares y de otros, como Chile e incluso Nuevo México y Colorado. A las Américas no es imposible que llegara también por «gentes del noroeste peninsular, asturianos, gallegos y leoneses», o quién sabe si quizá de la mano de los propios inmigrantes canarios, lo que sugieren Frago y Franco en un estudio de 2003.

Esa [ə] final añadida no es tampoco desconocida hoy en otras lenguas: podemos oírla, por poner dos ejemplos, en francés parisino (*Bonjour-ə!*, *Ce soir-ə?*, *Philipp-ə!*) y en limburgués, lengua germano-neerlandesa hablada en la frontera entre Bélgica, Países Bajos y Alemania. La parisina la han estudiado las investigadoras danesas Anita Berit Hansen y Maj-Britt Mosegaard Hansen (2003), quienes llegan a la conclusión de que sirve para atraer la atención del interlocutor sobre un elemento importante del discurso. A la paragoge en limburgués le dedicó Michiel de Vaan en 2009 un estudio, en el que mostraba que en las hablas orientales esa *-e* se añade a algunas palabras agudas acabadas en *-l*, *-m*, *-n*, *-r* cuando estas llevan el acento de la oración y van acompañadas de una fuerte elevación de la voz. Así, por ejemplo, en lugar de *Die ton is vol* /di tɔn is vɔl/

(‘Ese barril está lleno’), que en boca de un hispanohablante sonaría más o menos como *di ton is fol*, se puede oír *di ton is fole* /di tɔn is vɔlə/, con una [ə] añadida a la última palabra, si el hablante quiere recalcar que ese determinado barril está lleno (y no vacío).

Pues bien, en Valsequillo no encontramos ni el más mínimo rastro de la paragoge, a pesar de que la pareja a la que encuestamos aquel día era altamente dialectal (en su habla pudimos registrar numerosísimas particularidades canarias) y nos había regalado más de dos horas de entretenida conversación. Pero nuestra curiosidad dialectológica no iba a desfallecer en aquel valle, porque si bien todo apuntaba a que el fenómeno estaba en total decadencia, puede que incluso ya desaparecido, había algo que no nos encajaba: ¿Cómo era posible que Régulo Pérez la hubiera oído por doquier entre los campesinos de La Palma y que, sin embargo, en esa misma década de los 70, a Alvar no le deparara la fortuna ni un solo ejemplo en sus seis encuestas en aquella isla? ¿Y si esa contradicción en los datos tuviera que ver con la diferente amplitud de las dos muestras? Una encuesta nuestra podría haber sido suficiente para dar con ella, pero que no la oyéramos ese día no era en sí ningún indicio de que no existiera. Sin apenas darnos cuenta estábamos atrapados en lo que se convirtió en la «misión paragoge».

... al edene del investigadore

Domingo 4 de octubre de 2018. Cristina Peña y Mónica Castillo salen de Santa Cruz de Tenerife hacia el norte de la isla, en concreto, hacia la zona comprendida entre La Orotava y Tacoronte, conocido paraíso de guachinches (esas casas típicas tinerfeñas en las que se ofrece comida tradicional y vino de cosecha propia) y, también, según algunos de nuestros contactos en la isla, lugar fecundo de paragoges.

Nuestra primera parada fue el Mercadillo del Agricultor, el Vino y la Artesanía de La Matanza de Acentejo. Con algo de suerte, entre la clientela madrugadora de aquel mercado podríamos encontrar a algún locutor que practicara estas vocales paragógicas o a quien pudiera orientarnos hacia un paisano que las cultivara. Después de un buen rato de puesto en puesto, a la caza de alguna muestra de nuestro fenómeno, nos dirigimos a uno de los responsables del mercado, quien nos indicó la que sería nuestra segunda parada: La Victoria de Acentejo. Al parecer, en ese pueblo aún podían encontrarse auténticos *magos*, nombre con el que se conoce a las personas que siempre han vivido y trabajado en el campo, y que, según este señor, son «las que todavía hablan así». Ya en La Victoria, nos dirigimos a la plaza del pueblo y hablamos con los vecinos que por allí pasaban, pero ni una sola paragoge hallamos en esas rápidas conversaciones. Con pocos ánimos tras tanta búsqueda infructuosa, decidimos entrar en el bar de la plaza y preguntar directamente si alguien conocía a alguna persona que terminara los infinitivos en *-e*. «Pedro el de la cantina», nos dijo un joven. Se refería al antiguo dueño del mismo bar en el que estábamos, al que seguramente encontraríamos en su casa, una calle más abajo. Y, efectivamente, allí nos esperaba Pedro. La puerta del garaje de su casa estaba abierta, así que nos permitimos asomarnos y preguntar por él: «Buenos días. ¿Es aquí donde vive Pedro el de la cantina?». Un señor de 81 años se acercó a nosotras. «¿Es usted Pedro?». La respuesta nos dejó sin habla: «Servidore».

Esa conversación fue mágica desde el principio de nuestro encuentro hasta el último segundo, y no solo en el sentido tinerfeño. Pedro nos ofreció la historia de su vida y de su pueblo con una delicadeza y una sensibilidad fuera de lo común. La entereza y generosidad de su persona nos deslumbraron por completo, y hasta acabamos intercambiando lotería de Navidad, invitándonos mutuamente —él a su campito y nosotras a los prados suizos—, y con el compromiso por nuestra parte (¡cum-

plido!) de visitarlo en cada viaje a Tenerife. Tan a gusto estuvimos con Pedro que casi nos olvidamos de que, como en el chiste, no habíamos ido allí a por *rolex*, sino a por setas. Así que volvamos, volvamos a la *-e* paragógica.

¿Qué nos hizo descubrir del fenómeno el habla de Pedro? Para empezar, que el mismo locutor no pronuncia todos los infinitivos con *-e*. Por ejemplo, en la secuencia siguiente, solo el infinitivo que aparece antes de pausa es el que la lleva:

INFORMANTE: Eh, sí, sí, las cuatro reglitas que se llamaba sumar, restar y multiplicare. Pero el dividir siempre fue un poquito más...

En otro contexto, esta vez sí prepausal, el verbo *sumar* se convierte en *sumare*:

Esas cositas, sumare, eso sí, esas cositas sí.

Sin embargo, hay que notar que no todos los verbos en infinitivo que se encuentran en posición prepausal llevan *-e* paragógica, aunque este contexto prepausal parece influir mucho en la ocurrencia de la paragoge.

Otro dato importante es que esa *-e* puede adjuntarse a verbos de las tres conjugaciones (*trabajare, vendere, subire*) y a palabras de otras categorías gramaticales, como sustantivos (*el señore, una mujere, el bare, el mare, el paladare, el carburadore, un manjare, un tambore, el amanecere, el mostradore*), adjetivos (*servidore, particulare, peninsulare, la gente mayore*), adverbios (*ayere, mejore, peore*), topónimos (*el Palmare, Vilaflore, Sotomayore, Lloret del Mare*) y hasta a palabras que proceden de otras lenguas (*papas quineguare* ‘King Edward’ o el licor *María Brizare* ‘Marie Brizard’). La paragoge se da igualmente con palabras que terminan en *-l* (*hospitale, principale, rurale, tale*) y *-n* (*biene, ambiene, fine*).

El discurso de Pedro estaba constantemente puntuado de paragoges, lo mismo que el de otros locutores tinerfeños con los que también tuvimos la suerte de conversar largo y tendido en la zona noroeste de Tenerife (Ventura, en el campo de Erjos, o Jacinto, en Las Portelas). Pero no solo en la zona norte de Tenerife —esa misma que Alvar 60 años antes identificó como profusa en *-e* final— se escuchaban esas vocales. A lo largo de las campañas del COSER-Canarias entre 2016 y 2019, a través de las doscientas encuestas a personas mayores del campo, nosotros pudimos registrarlas en cinco de las siete islas del archipiélago.



MAPA 2. Encuestas COSER-Canarias (2016-2019): registro de paragoge en infinitivos y otras formas terminadas en *-r*, *-l* y *-n*

Es cierto que por el momento solo podemos confirmar su vitalidad en las islas occidentales. En los doce enclaves encuestados en La Gomera recogimos ejemplos más o menos claros de su conservación, pero también la registramos en Lanzarote,

aunque más raramente, y lo cierto es que no descartamos que, una vez analizadas todas las entrevistas, se documente algún caso en Fuerteventura y Gran Canaria. ¿Qué explicaría la frecuencia superior en las islas del oeste? Aceptando que se trate de un fenómeno debido al contacto de los isleños con hablantes inmigrantes de origen occidental peninsular, sobre todo portugueses, este dato sería coherente con un mayor asentamiento histórico de portugueses en las islas occidentales. Es sabido que la presencia portuguesa en las Canarias fue muy notable entre los siglos xv y xvii y que los portugueses llegaron a asentarse en todas las islas, pero primero y principalmente en La Palma y en el norte de Tenerife, donde consiguieron controlar importantes sectores productivos, según los estudios de Morera y Leal Cruz.

Como a nosotros, al lector no dejará de asombrarle que en La Gomera y algún enclave tinerfeño oyéramos una variante del fenómeno particularmente interesante que consistía en añadir no sistemáticamente una vocal *-e*, sino la copia de la vocal de la sílaba anterior, que podía ser *-e-* (*nacere, comere, hacere, leere, querere, sere, vere*), pero también *-a-* y *-o-*, en ejemplos como:

coloro ('color')
señoro ('señor')
peoro ('peor')
firmara ('firmar')
enseñara ('enseñar')
formara ('formar')
mara ('mar')

Técnicamente a este fenómeno se le denomina «paragoge con armonización vocálica» y se ha de subrayar que no es un invento canario. Ya en los dialectos del asturiano se observó en décadas pasadas la copia en la paragoge del timbre de la vocal

anterior: Rodríguez-Castellano la documentó en 1952 con *-i* (*viniri* ‘venir’, *pariri* ‘parir’, *tusiri* ‘toser’) y se refiere a las formas *yorara* ‘llorar’ y *siñoro* ‘señor’ que había recogido antes que él Navarro Tomás. Y aún en encuestas recientes, como las de Rodríguez Monteavaro, siguen registrándose formas con vocales armonizadas, como en *tenedor^o*, *tractor^o* (donde la *o* volada señala que se trata de una vocal muy suave).

Pasados ya 60 años de la primera descripción de Alvar que lo documentaba, los datos que proporciona el COSER en las diversas campañas realizadas en las islas Canarias estos últimos años (2016-2019) nos deparan la sorpresa de que este fenómeno, considerado un arcaísmo ya en aquel momento y registrado solo en los locutores más ancianos de pocos pueblos tinerfeños y gomeros, se mantiene hoy con relativa vitalidad entre personas mayores del campo de gran parte del archipiélago e incluso entre las generaciones intermedias que conviven con estas. La mayor frecuencia y extensión con la que observamos el fenómeno hoy se debe, sin duda, a la calidad de la metodología empleada: que la entrevista más o menos libre del COSER propicie más paragoges que el cuestionario tradicional del que se sirvió el atlas *ALEICan* era de esperar, así como que doscientas encuestas arrojen más datos sobre la extensión geográfica del fenómeno que los cincuenta cuestionarios que sustentan el *ALEICan*.

Queda por precisar cuál es la función de estas formas paragógicas en el habla de los que la conservan, o sea, si aportan alguna información particular a su discurso. Concretamente, ¿podría postularse una motivación discursiva similar a la que se alude en el caso del francés y del limburgués? Dentro de poco realizaremos un análisis técnico de los entornos melódicos en los que aparece esta paragoge (o sea, de la entonación con que se pronuncian), pues las variaciones de tono, duración o intensidad pueden proporcionarnos información sobre su valor o la intención con que se emplea en el discurso. Solo

entonces podremos llegar a conclusiones más firmes. Por el momento, podemos avanzar que su uso se registra, igual que en estas dos otras lenguas, en posición prepausal, ya sea en el interior de una frase (típicamente en enumeraciones) o al final. Por ejemplo, en una enumeración de tareas que los vecinos gomeros realizaban juntos, aparece la secuencia siguiente: «segare, ajuntar papas, todo lo del campo», en la que:

1. La paragoge de *segare* podemos interpretarla como indicativa de continuidad de la enumeración (del discurso, en suma).
2. La posibilidad de paragoge en *ajuntar (ajuntare)* podemos considerarla como excluida porque *ajuntar* no funciona como un segmento independiente que pueda alargarse con una vocal, sino que forma una unidad con el objeto directo (*ajuntar papas*). Sí sería imaginable, por ejemplo, una variante de esta frase con paragoge, como en *ajuntar sale* ‘juntar sal’, donde la paragoge de *sal* pronunciada con entonación ascendente estaría funcionando igual que la de *segare*, para marcar que continúa la enumeración.

En ese sentido, el uso de la paragoge parece servirle al locutor canario, igual que al francés o al limburgués, para llamar la atención de su interlocutor sobre el hecho de que todavía no ha dicho su última palabra, o sea, que no ha terminado su turno de habla, y también para subrayar elementos importantes de su discurso (alargar con una vocal cada uno de los miembros de una enumeración tiene ese efecto de subrayarlos todos discursivamente). En los enunciados en los que la paragoge se encuentra en posición final absoluta, parece como si, en definitiva, el locutor dejara suspendida esa afirmación con la posibilidad de matizarla él mismo o de que su interlocutor la pueda matizar entrando en diálogo con él. En ese sentido, podría funcionar el

fenómeno como estrategia atenuativa del discurso, o sea, para indicar que lo que se afirma no se da por categórico. Tampoco se excluye que en determinados casos se haya producido una fijación léxica, es decir, que la paragoge se haya estabilizado en algunas palabras y estas se pronuncien siempre así. Para algunos hablantes canarios, *ayere* y *bare* parecen ser las únicas formas posibles de estas palabras.

A la espera de poder confirmar estas primeras impresiones con un análisis exhaustivo de nuestros datos, volvamos un segundo a Valsequillo: al final de dos horas de entrevista, el informante se extrañaba ante nuestra presencia: «No sabemos quiénes son ellos entoavía». Pero dirigiéndose a Inés Fernández-Ordóñez añadió con tono perspicaz: «Vienen buscando lo que te gusta a ti». La lucidez de aquel señor era absoluta. Sin que nadie le diera ninguna pista, había reconocido a la fundadora del COSER. A quien lanzó a finales de los años 80 esas campañas de viajes de dialectología con la colaboración de estudiantes y colegas, en busca de la variación gramatical del español, a la que ha dedicado gran parte de su carrera de investigadora y con la que ha conseguido iluminar no solo procesos de cambio en curso hoy, sino etapas del pasado de nuestra lengua. Participar en este Corpus Oral y Sonoro del Español Rural a su lado es entrar en un observatorio lingüístico incomparable para explorar lo que está pasando en el español europeo, cómo sus hablantes pueden innovar con rapidez, pero también retener la lengua de otras épocas. Cómo en el campo de España, junto al último neologismo, resuenan aún los acentos del juglar.